

Los objetivos de transformación anticapitalista

Angel Flisfish

A partir de las experiencias de represión, terrorismo estatal y guerra sucia desencadenadas por el ciclo de dictaduras militares iniciado en Brasil en 1964, las izquierdas sudamericanas se vieron obligadas a practicar una revisión de las premisas y contenidos fundamentales de sus aproximaciones teóricas e ideológicas a los problemas de las respectivas sociedades nacionales.

El resultado más patente de esa revisión reside en la primacía y el nuevo status que han adquirido las cuestiones de la democracia, el Estado y la política. La revalorización de las formas políticas liberales, vistas no ya como meros expedientes instrumentales, sino como aptas para la realización de valores inherentes al proyecto socialista y la discusión en torno al sentido de la democracia, han desplazado al paradigma leninista clásico, de la revolución desde el Estado, consumada mediante el asalto del poder por vías electorales o militares y consolidada a través de un sistema político dictatorial de partido único.

No obstante, esa revisión no ha sabido encarar aún un problema igualmente primordial: el de la relación con el capitalismo y los objetivos de transformación socioeconómica que cabe estimar tanto deseables como viables.

Para las izquierdas preautoritarias, la actitud anticapitalista poseía un referente positivo nítido, cuya validez estaba fuera de discusión: el paradigma de una economía centralmente planificada, tal como se había logrado construir en Cuba y tal como caracteriza a los países de *socialismo real*. Hoy, las certidumbres que rodeaban a ese paradigma se desvanecen aceleradamente, sin que se divisen elaboraciones que aspiren a reemplazarlo. En este punto, reinan la confusión y la anomia, y lo que es peor, el tema es reiteradamente eludido, sin que se inicie un debate mínimamente riguroso. La cuestión es lo suficientemente incómoda, y produce un cúmulo de disonancias cognitivas y afectivas, como para que la estrategia de esquivarlas sea la más fácil. A la larga, esta táctica de avestruz no puede sino traer efectos negativos: una dilución de la identidad del proyecto socialista y el predominio de respuestas prácticas, sólo puntuales y oportunistas. Es decir, una incoherencia significativa que se traducirá en ineficacia e irresponsabilidad políticas.

Esta crisis de ideas no es gratuita. En parte, refleja una crisis teórica más general: la del marxismo occidental, acen-

tuada en la última década. Más recientemente, contribuye también a ella la crisis que evidentemente afecta a las economías de los *socialismos reales*, cuyos síntomas más visibles son los procesos de reformas iniciados desde la URSS y China. Finalmente, hay que destacar la embestida ideológica neconservadora o neoliberal, no sólo por el clima procapitalista que ha generado, sino también porque ha levantado problemas reales, insolubles en los marcos clásicos de pensamiento de las izquierdas.

Además de escapar a las competencias propias, avanzar aquí proposiciones y propuestas específicas sería más que desproporcionado. Pero sí cabe, al menos, tratar de identificar los que el autor piensa que son los temas más relevantes, en la esperanza de estimular el comienzo de un debate.

Lo que se olvida

Un primer tema que no se puede eludir es el de la correspondencia entre formas económicas y formas políticas. Hasta ahora la tendencia ha sido a tratarlas como dimensiones societales independientes. A partir de esa premisa, y

ateniéndose al paradigma clásico de organización económica socialista, resulta fácil definir la idea de socialismo democrático como la coexistencia de democracia política y economía centralmente planificada. No obstante, uno de los grandes logros del materialismo histórico es precisamente haber identificado conexiones necesarias u orgánicas entre ambos tipos de formas. En este sentido, la asociación entre democracia política y modalidades de organización económica esencialmente capitalistas no sería una mera contingencia histórica. De allí la pregunta por las posibles restricciones que determinadas formas políticas pueden imponer a la organización y operación de la economía. Si la obtención y consolidación de la democracia es un objetivo primordial, este tema es de máxima relevancia.

Segundo, si se piensa que la visión de una forma de hacer política donde la izquierda es un actor que lucha unilateralmente contra otros actores para imponerles un proyecto es una visión errónea, y que debe sustituirse por otra donde la izquierda es un actor junto a otros, que a través de relaciones de conflicto y cooperación determinan conjuntamente los resultados de los procesos

políticos, la adhesión a esta nueva concepción de la política obliga a repensar el tema de las posibilidades de transformación económica que son viables mediante el quehacer político y de las modalidades de organización económica que puedan adquirir estabilidad, al menos durante períodos significativos. Si tanto las transformaciones como la obtención de estructuras económicas estables son necesariamente productos de negociaciones entre fuerzas sociopolíticas, esa modalidad de producirlas tiene que afectar su naturaleza.

Tercero, y esto es quizás lo que posee más visibilidad hoy, están las relaciones entre Estado, mercado y planificación. Más que un único tema, hay aquí un conjunto de cuestiones, orgánicamente entrelazadas, difíciles de separar e identificar exhaustivamente, menos aún en unas pocas líneas. Sin embargo, de manera somera y esquemática se pueden destacar algunas.

Sin duda, parte de lo que está en juego son problemas de eficacia o racionalidad instrumental, pero a la vez hay que incluir -en un pie de igualdad- el modo en que distintas combinaciones o formas favorecen o desfavorecen el dinamismo económico y los procesos de innovación y cambio en tecnología, en la composición de la oferta y en competitividad en los mercados internacionales. La crisis de las economías socialistas no es sólo una crisis de des-

perdicio, de mala utilización de recursos y de ineficiencia generalizada. Al mismo tiempo, es ya claro que la difusión de controles imperativos produce efectos no buscados de estancamiento societal generalizado. Su resultado son sociedades profundamente conservadoras, caracterizadas por una resistencia al cambio que se proyecta a todos los niveles de la vida.

La otra cara de la medalla reside en los aspectos de acentuada inequidad asociados a la operación de las distintas formas y combinaciones. El caso de los mecanismos de mercado es archiconocido como para detenerse en ellos. Lo que se olvida es que no hay ninguna garantía de que las distintas formas de estatismo no generen efectos profundos de inequidad, de maneras solapadas y difíciles de identificar y denunciar, y fenómenos corporativistas, que además de injustos, impregnan a la cultura general de un conservantismo significativo.

Facilismo demagógico

Cuarto, está el tema de la tensión entre los objetivos de acumulación y redistribución. El modelo del Estado keynesiano de bienestar era una referencia que permitía atenuar en un sentido progresista las contradicciones entre ellos, por lo menos intelectualmente y quizás también prácticamente, porque los procesos de redistribución afectaban

positivamente a la expansión de un mercado interno en la que descansaba la acumulación. En las actuales condiciones de transformación y rumbos impredecibles de la economía mundial, ¿es siquiera deseable postular una economía nacional significativamente cerrada, que en caso de países semiperiféricos es un requisito de un Estado keynesiano de bienestar viable? ¿Qué tipo de desarrollo de las fuerzas productivas es justificable desde un punto de vista socialista, cómo se relaciona ello con las modalidades de inserción posibles en la economía mundial y qué clase de impactos redistributivos cabe atribuirle?

Finalmente, hay problemas vinculados al estilo con que se abordan las cuestiones sustantivas. Por lo general, hay una tendencia a tratarlas de modo fácil, es decir, pasando por alto las contradicciones entre objetivos, las resistencias de la realidad y la necesidad de identificar estrategias concretas viables. A veces, es pura y simplemente facilismo, que es lo que sucede con fórmulas tecnocráticas que proclaman la consecución simultánea de objetivos de empleo, crecimiento, equidad y equilibrios macroeconómicos. Como demagogia puede ser efectiva. Como esfuerzo por comenzar a construir un paradigma alternativo es un mal chiste.

Otras veces, la utopía y la acronía se combinan, dando lugar a ejercicios probablemente muy placenteros para sus autores, pero profundamente irreal. Desafortunadamente, con frecuencia no son inocuos. Por ejemplo, cuando se proclama la necesidad de un desarrollo distinto, a escala humana y adecuado a necesidades humanas, olvidando la existencia de una economía mundial darwiniana, cuya dinámica se rige por relaciones de poder económico y político.

Un paradigma que pretenda resolver la crisis de ideas no puede ser un paradigma fácil. Tiene que ubicar en un pie de igualdad tanto la pregunta por aquello que es legítimo querer, como las preguntas sobre cómo concretamente se lo hace, quién concretamente lo hace, qué restricciones y efectos indeseables impone el objetivo legítimo y qué temporalidades están en juego en su consecución. (X)

